

Una temporada en la Ciénaga

Gonzalo Lizardo

Vaya, vaya, ¿de verdad pensabas, amiga, que la Ciénaga no existía? En tu carta hablaste de ella como si fuera un bulo, un mito urbano de Ciudad Chichimeca, pero no, increíble amiga: yo tuve el horror de conocer esa antesala del infierno en 1991, poco antes de que sellaran sus puertas forever. Tenía veinticinco años entonces, con dos de antigüedad como químico en una fábrica de PVC. Trabajo mediocre, con buen sueldo, bajo el mando de un jefe a toda madre: el inge Tinoco, mi profe preferido en la Facultad. Además, vivía más o menos tranquilo con Yasabesquién, que se portaba como un amor si no jodiera tanto con que dejara mis vicios y nos casáramos. Incluso nos endeudamos con una casa de interés social, y todo parecía película de Disney (pero pacheca), hasta que mi mujer se fugó con el pinche Vampireso, dispuesta a reanudar su carrera como diva rockera sin avisarme que estaba embarazada, quizá para que yo no la fuera a buscar.

El resto del año fue terrible.

Cansado de pelearse contra los bancos, mi padre declaró en quiebra «El Gambusino» y mi tío Eloy se fue de casa por motivos que no entendí. Luego, a principios de marzo, la China Roja nos contó por teléfono, con el alma desollada, que Valdemar se había ido a Buenos Aires para asistir a un congreso, y que lo habían secuestrado en su hotel, «pero no han pedido rescate, de seguro se lo chuparon los fachos». Y como tiro de desgracia, en la chamba me aplicaron (de sorpresa, por sorteo) un examen antidoping en el que salí positivo.

Puro mal karma, amiga. Según el contrato debieron correrme sin miramientos, pero gracias al inge Tinoco la compañía aceptó darme de baja «por recorte de nómina» y pagarme una jugosa indemnización. ¿Y qué te imaginas, amiga, que haría un soltero joven y despechado como yo con tal fortuna en el bolsillo? Una fiesta, por supuesto, con mis peores amigos, bien dotados de whisky, rock y yerbamala, sin olvidar la cocablanca, que por entonces se puso de moda. A ese paso me hubiera arruinado muy pronto, si no fuera porque al tercer día un abogado me notificó que Yasabesquién había hipotecado nuestra casa a mis espaldas y como nunca pagó los abonos, el banco había decidido incautarla. No todo estaba perdido, según me dijo: yo podía solicitar una prórroga de un año para pagar la deuda y los intereses.

Con la noticia se me bajó la ebriedad y con la rescaca hallé la respuesta: invertir mi indemnización a plazo fijo para que al final, con intereses, me ajustara para recuperar mi casa. Así que firmé la prórroga y, para no gastar un centavo en esos meses, me mudé a la calle con la ropa que traía puesta y una mochila en las espaldas. Casi casi me sentía como mi tío abuelo, don Matías, cuando abandonó San Mezcalito para perderse en el monte, quizá movido (como yo) por una traición amorosa.

Pero no pienses, maliciosa amiga, que mi decisión fue irracional, producto de la locura, los celos o mi obsesión con mi tío. Nel. Fue el fruto de una razonada teoría que me ensembró en el coco un libro de Georges Orwell que me recomendó el Sombras. Un testimonio sobre el grado cero de la existencia: sobre el destino del *clochard* que vive en la cloaca de la realidad capitalista y su enajenante ilusión de bienestar. Entonces me pregunté: ¿y si en vez de trabajar y consumir cada vez más, la felicidad consistiera en trabajar menos y consumir menos todavía? Bastaba tener agallas para sobrevivir como los chichimecas, sin credenciales ni tarjetas de crédito, sin pedir limosna ni chambear. ¿Quién necesita una cama cuando la calle es más amplia? ¿O un salario, si basta con extender la mano para cosechar el fruto de los muladares? Me preocupaba no tener varo para mis vicios, sobre todo la yerbaiguana y la nieve en polvo, pero eso a la postre sería una ganancia, ¿no?, sobre todo si quería chambear y «rehacer mi vida».

Los primeros dos meses fueron duros pero didácticos. Dando la espalda a mis familiares y amigos me refugié en los barrios más orilleros, donde podía haraganear bajo los puentes, alojarme en algún baldío, dormir en los tiros de mina o en las cuevas que abundan entre los cerros aledaños, algunas de las cuales cuentan con agua natural filtrada por la montaña. Cuando el hambre me atormentaba subía al mercado de abastos para llenar una bolsa con los desechos del tianguis: tomates y frutas, tortillas duras y huesos de pollo que me sabían a gloria, aunque luego me dieran diarrea. Antes de que amaneciera

bajaba al centro histórico para recolectar colillas que me fumaba en la tarde, mientras escribía en mis cuadernos un tratado de termodinámica poética, inspirado en los proyectos de mi tío abuelo. Lo malo eran las noches, cuando el frío recrudecía y yo soñaba con dunas de cocaína, arroyuelos de whisky, praderas de mariguana en flor que me hacían levitar con su puro aroma. Solo una vez acudí a un grupo de Alcohólicos Anónimos para gorronear su café y sus galletas, pero al momento de tomar la palabra no pude fingir que me arrepentía de mis vicios (como actor soy muy torpe), así que mejor no volví.

Para entonces, además, mi metamorfosis era completa: la falta de higiene, la barba y la melena enmarañadas, mis manos de leproso, mis harapos pestilentes, la infección de mis encías, poco a poco velaron las señas de mi identidad. Y este nuevo aspecto pronto atrajo a otros vagos que yo solía rehuir pero que acabé tolerando: incluso la miseria se vuelve amable con un compañero a bordo. Como el Ondas, un viejo calvo de ojos turquesa, cuya principal gracia era adulterar su biografía: unas veces juraba que fue guitarrista de blues en Chicago, caído en desgracia por culpa de la morfina; otras, un trapeceista del Atayde que se jodió la columna a media función, o bien, un proxeneta en Acapulco al que una de sus chicas había castrado por infiel. O quizás no mentía del todo, pues en alguna ocasión lo vi tocar una guitarra que hallamos en la basura, y sus dedos de artrítico nos tocaron, con hartito feeling, un clásico de Robert Johnson sin errar una nota.

Junto con el Ondas, también conocí a su amiga la Cubana, una loca sexagenaria que nunca se bañaba, excepto cuando se vestía y maquillaba, (según ella «como artista vernácula») para cantar en la calle boleros de Daniel Santos, con voz tan esperpéntica que algunos vecinos le pagaban porque se callara. Eso sí, era insuperable robando botellas de vodka que luego nos compartía, lo malo es que ebria (y a veces en su juicio) se ponía coqueta y besucona. Entre otros trucos, ellos me enseñaron el infalible de la credencial de elector: «si te topas con un latoso, un

testigo de Jehová, por ejemplo, dile que sí, que crearás en Jesús, pero solo si te consigues una credencial de elector, porque la Interpol te persigue y quieres cambiar de identidad». Una estrategia que siempre me funcionó, sobre todo con esos viejos conocidos que al verme en la calle se creían samaritanos y me brindaban ayuda, pero que al oír mis desvaríos me tomaban por loco peligroso, e incluso me daban dinero por deshacerse de mi persona.

Aun así, las cosas se complicaron en noviembre, más o menos, cuando arreciaron los fríos y se volvió suicida dormir a cielo abierto, no solo por las heladas, también porque supimos de unos chamacos adinerados y racistas que andaban quemando indigentes. No había muchas opciones: pedir asilo en el DIF, cuyos albergues estaban sobrepoblados, o emigrar a otro pueblo menos helado y menos cruel. El Ondas me preguntó entonces si sabía de la Ciénaga, y yo acepté mi ignorancia.

«Es una vieja leyenda, mi Maxi, que conocí cuando yo era arquitecto, antes de que Dios me maldijera y me cayera encima un puente que yo mismo construí», dijo y se persignó tres veces. «Como seguro saben, nuestra ciudad fue construida hace cuatro siglos sobre una cañada que pasaba por aquí, con un arroyo donde la mina tiraba sus desechos, pero el suelo estaba débil, había hundimientos y las casas se desmoronaban. Para remediarlo, el virrey mandó unos ingenieros, que levantaron arbotantes sobre los edificios caídos y encima construyeron una bóveda de cantera; así taparon la cañada y pusieron cimiento firme para los nuevos edificios».

Según la fabulosa teoría del Ondas, bajo esa bóveda había una especie de ciudad subterránea que la gente llamaba la Ciénaga: un hipogeo donde la gente vertía sus aguas negras y sus desechos sépticos, los cuales, al descomponerse, generaban un calor que volvía habitable su laberíntico interior, sobre todo en invierno. «El único problema va a ser el olor a mierda», opinó la Cubana, «pero lo prefiero al frío». A mí la historia del Ondas me parecía inverosímil, neta, pero su argumento obedecía las leyes de la ter-

modinámica. Además, nada ganaba yo riñendo con ellos y nada perdía si cooperaba. Durante una semana entera rastreamos el centro histórico en busca de algún acceso a la Ciénaga mientras recolectábamos colillas de cigarro. El premio lo hallamos a pocos metros del puente de Bracho, una alcantarilla muy prometedora, si lográbamos abatir la reja que la protegía sin que alguien nos viera y nos delatara.

Así lo hicimos la noche siguiente, junto con dos indigentes que el Ondas reclutó para la empresa: el Calzontzin, un tlaxcalteca medio loco que siempre andaba envuelto en una cobija sucia, y el Señor de los Pájaros, llamado así porque las aves lo seguían y él dizque les hablaba, imitando sus silbidos. El primero aportó una escalera de sogas y el segundo una lámpara de pilas. Con esas herramientas y otras improvisadas emprendimos los cinco el descenso, que resultó accidentado (no mucho) por los escombros que obstruían ciertos pasajes. Adentro no apestaba a mierda, como temíamos, sino a huevo podrido, tan picante y sulfuroso que anestesió nuestro olfato. Según mis cálculos, andábamos a unos veinte metros bajo tierra cuando un soplo de aire cálido nos puso la piel chinita, y metros más abajo descubrimos el refugio perfecto: una especie de cisterna de buen tamaño, tibia, casi seca, con cuatro ventilas en el techo. «Pasemos la noche aquí, para no malgastar pilas», propuso el Ondas y todos lo aprobamos. Entonces tendimos las cobijas sobre el piso y a los tres segundos me quedé dormido como un nonato.

No sé cuántas horas dormí, pero al despertar me sofocó el espanto, cuando saludé a mis compañeros y solo me repuso mi propio eco. Sin saber cuándo ni por qué se fueron, me sentí solo y traicionado, a merced de mi infortunio en un pozo de oscuridad y pestilencia. Por fortuna traía conmigo un encendedor, que sin duda me salvó la vida, pero que me hubiera sido más útil si no me hubiera desorientado a los pocos minutos en aquel dédalo de pasadizos, galerías y túneles, tan intrincado como los callejones de la ciudad visible. Ya comenzaba a temblar de terror cuando hice mi gran descubrimiento: un túnel oval

de ladrillo, recubierto de musgo y cagarrutas secas que descendía en ángulo de treinta grados, más o menos, hacia las profundidades de la tierra, de donde brotaba, impreciso, un resplandor que atrajo mi alucinada esperanza.

Pero al final no me esperaba la salida, como había imaginado, sino un escenario digno de Dante o de Géricault. El creciente chillido de las ratas, cuyos cuerpos peludos rozaron varias veces mis pantorrillas, me condujo hasta una amplia caverna, iluminada por una fosforescencia que se adhería a la piedra como si fuera una plaga. Con sus diez metros de altura y sus treinta de diámetro, aquella oscuridad parecía natural por las estalactitas que colgaban del techo, aunque fueran visibles algunas paredes de ladrillo, y en las seis esquinas hubiera contrafuertes de cantera. Cuando intenté cruzar la galería, bajo mis pasos sentí crujir el horror: toneladas y toneladas de cráneos humanos, huesos mordisqueados por las ratas, carroña viscosa y gusanos secos, cadáveres podridos y otros a medio momificar. ¿Estaba entonces bajo el viejo cementerio, en el interior de alguna catacumba? ¿O en un calabozo virreinal donde metían a los herejes para matarlos de miedo y hambre? ¿O era nomás un alucine, derivado de mi hambre y paranoia, la que me permitió vislumbrar, metafóricamente, la fosa clandestina de la Historia?

Quizá nunca sepa de verdad lo que vi. Sofocado por la angustia retrocedí a trompicones por el túnel oval y al punto perdí toda noción de tiempo y de espacio hasta que me topé con la Cubana, quien atraída por mis gritos había corrido a buscarme. Por obra de un milagro, casi, nos encontrábamos muy cerca de otra salida, al sur de la ciudad, a pocos pasos del cementerio, efectivamente. Dos noches habíamos pasado ahí adentro, enrollados en una aventura que terminó muy mal, pues el Señor de los Pájaros nunca salió para contarla. «El menso se resbaló en el andamio y se fue por un pozo», nos contó el Calzontzin: «escuchamos clarito el madrazo cuando azotó; le gritamos buen rato pero él no dijo ni pío, y de rato, por Diosito lo juro, salieron volando unos pájaros

negros, graznando como locos, como si lloraran su muerte, ¿verdad que los oíste, Ondas?».

El Ondas nomás alzó los hombros y entonces les pregunté por qué me abandonaron. «Porque creíamos que nos seguías, Maxi», respondió la Cubana. «Yo misma te desperté con un beso, ¿no te acuerdas, ingrato? Pero de seguro seguías dormido y te quedaste a seguir la siesta».

Yo me reí, tan agradecido que le regalé otro beso. Nunca dudé de su palabra ni ellos dudaron de la mía. No pudimos repetir la experiencia porque al poco tiempo el Ayuntamiento tapó con hormigón la alcantarilla por donde entramos. Para fortuna nuestra, ese invierno no fue tan rudo, pues hallamos albergue nocturno en la Lázaro Cárdenas, en una bodega de granos que custodiaba un velador tartamudo, el Panzahueca, que era cuate del Ondas y se volvió amante de la Cubana. Algún día te contaré de ese romance, o de los escuincles neonazis que le prendieron fuego al Ondas, una semana antes de que yo volviera al mundo real para cobrar mi inversión y sus intereses. Pero después de lidiar con la miseria y sacudirme las adicciones no me interesaba recuperar mi casa. Por eso la transferí a una prima recién divorciada y el resto lo reservé para causas más nobles, como conseguir chamba en otra ciudad y conocer el planeta rock antes de que el Apocalipsis lo destruya.

A medias lo he conseguido y he gozado la lucha. Incluso un par de veces, por puro gusto, recaí en ese vicio: exiliarme en la calle con una mochila por equipaje, dispuesto a revivir esa agridulce bienaventuranza, el grado cero de la desgracia.

